

Resistir es una fiesta

Josep María Rodríguez

Ya desde antiguo se ha venido equiparando la vida humana con el transcurrir de un río que desemboca en lo que, según el *Eclesiastés*, es un mar que nunca se llena. Pero fue con Jorge Manrique y la tercera de sus coplas a Don Rodrigo cuando esa asociación se convirtió en un lugar común para lectores y poetas en lengua española. Como en los siguientes versos de Francisco de Quevedo: «Antes que sepa andar el pie se mueve / Camino de la muerte, donde envió / Mi vida oscura: pobre y turbio río / Que negro mar con altas olas cubre».

Y qué decir de Antonio Machado y su poema «Glosa»: «Nuestras vidas son los ríos, / que van a dar a la mar, / que es el morir. ¡Gran cantar! / Entre los poetas míos / tiene Manrique un altar». En cierta medida, la tradición se parece a uno de esos restaurantes estadounidenses con el cartel en la puerta de «All you can eat». Tan sólo tenemos que servirnos. Igual que hace Tomás Segovia, que utiliza precisamente ese primer octosílabo manriqueño para abrir su más reciente libro de poemas, titulado de forma significativa *Estuario*.

Porque a sus ochenta y cuatro años, Tomás Segovia es consciente de que el negro mar de olas altas está cada vez más cerca. Y a pesar de ello –o quizá justamente por ello– sus versos se alejan del lamento y de la renuncia: «Hay que romper la avaricia del tiempo / Asomarse a su hora como a una ventana / Tomarse un tiempo para activamente / Dedicarse a dejar que todo esté en su sitio / Y en su sitio el que mira / Maravillosamente equilibrado».

Tomás Segovia: *Estuario*, Pre-Textos, Valencia, 2011.

La obra lírica de este autor valenciano, nacido en 1927, se ha venido caracterizando por un sentimiento de estar en el mundo que el anterior fragmento de «Balanza» resume a la perfección. Se trata, en definitiva, de dejar que todo esté en su sitio: una nube que se aleja, una ventana con geranios o incluso algo tan aparentemente poco poético como una sandía y que, sin embargo, es capaz de devolvernos a la infancia. Según Baudelaire, la poesía empieza en el preciso momento en el que vemos planear un pájaro por encima del mar y queremos transportarnos a él. Una sintonía entre el sujeto y su afuera que en el caso de Tomás Segovia alcanza su máxima expresión en los versos de «Arenga»: «Cosas todas del mundo / Y aún más las que estáis vivas (...) Quisiera yo deciros / Que me alegro de estar entre vosotras / Que me dejéis moverme en vuestra luz».

Si al llegar al estuario el río se ensancha y se hace más hondo, ralentizando su curso, algo parecido sucede también con los versos de Tomás Segovia. Porque esa apertura empática únicamente es posible cuando se rompe la avaricia del tiempo: «Me podría quedar aquí sentado / En este duro banco / Hasta que se le acabe todo el frío al cielo / Hasta que palidezca arrepentido / Hasta que no me quepa en el puño cerrado / La más pequeña obstinación de estar».

«Aquí estamos» es, de hecho, el rótulo de la primera de las seis secciones en las que se divide *Estuario*. Un apartado inicial que gravita alrededor de esa «embriaguez de vivir» a la que hace referencia el poema «Chorro». Sin embargo, los versos de Tomás Segovia no siempre celebran y, a veces, hay lugar también para la elegía. Especialmente en la segunda parte del libro –«Tiempo atrás»–, que incluye poemas como «Hubo una vez», «Ancestral» o «Ya para siempre»: «Y yo reanudo al fin la marcha / Llevando tras de mí por el camino / Como un gran perro resignado / Este pasado mudo / Que me sigue esperando siempre / Que yo me vuelva a echarle una mirada».

En el fondo, el poema himnico y el poema elegíaco son iguales. Ambos celebran. Pero mientras uno pone el acento en el «aquí y ahora» –como proponía Matsuo Bashô–, el otro festeja un presente que el tiempo nos arrebató nada más nacer, con el sigilo y la ferocidad de una pantera negra. De ahí la importancia

de la poesía, que nos permite echar la vista atrás para recuperar aquello que ya fue. O viceversa: dejar migas de pan en el camino y así, más adelante, ver con facilidad los pasos por donde hemos ido viniendo.

No es de extrañar, por tanto, que su autor dedique la tercera sección del libro –«Palabra dada»– a reflexionar acerca de ese «tibio cauce de palabras / Que siempre me sacó gustosamente a nado / De la vacua aridez de vivir sin destino». Se trata únicamente de cinco textos. Pero en ellos se evidencia hasta qué punto el acto poético es legítimo y natural en Tomás Segovia. «Estuvo siempre en mí / Este caudal decible / Este río de oro / En el que siempre navegó / Mi voz sin salvavidas». Una naturalidad que se traslada también al estilo: a su verso claro, a su simbolismo sereno, a expresiones coloquiales como «Quieras que no vuelve a reinar el día» o «Ha amanecido un día tiritón y encogido» –y que parecen invocar la breve «Poética» que Blas de Otero publicó en los años cincuenta: «Escribo / hablando».

«Otoño y dudas» es el título de la cuarta división de *Estuario*. A diferencia de las tres primeras, en ella Tomás Segovia recupera esa escritura de largo aliento que ya estaba presente en libros anteriores –por ejemplo en *Salir con vida* o *Misma juventud*–, pero que en sus últimas entregas parecía que había quedado relegada. Y lo mismo sucede con la sección que cierra el libro: «Ramón Gaya en el aire». Sesenta y cuatro versos en los que su autor dialoga con el artista y amigo: «aquí donde no estás donde no está tu oído / Donde no está tu voz / Que pudiera a su vez decirme tú». En la línea de otros poemas más antiguos, como «Carta a Ramón Gaya en el verano de su vida y de 1980».

No obstante, de entre las dos piezas más extensas del libro, personalmente prefiero «Otoño y dudas». No por desmérito del texto final, sino por la altura de unos versos en los que su autor reflexiona acerca del pasado –«¿Quién soy yo sin mi historia?»– y de ese instante ahora «Que es otro cada vez / Y cada vez el mismo / Y nunca puede ser de veras otro / Ni de veras el mismo». Pero en los que, además, Tomás Segovia abre una ventana al futuro: «Un día él volverá sin ti / Y no se notará la diferencia». En resumidas cuentas, un poema en el que se cifra lo que el lector ha ido encontrando hasta llegar a esas páginas centrales y que en cierta

forma anticipa el siguiente y, me atrevería a decir, más importante apartado del volumen que nos ocupa: «Modos de vivir».

La quinta sección de *Estuario* es por sí sola un libro. Casi una treintena de poemas en los que su autor concentra su filosofía vital: «No tengo tiempo para no ser libre», «hay que tomar la vida como viene», «resistir es una fiesta», «No puedo imaginar que haya algo más / Que me mantenga en pie / Salvo esta incertidumbre reiterada / de que la vida en paz es toda mía». Momentos de intensidad y sabiduría que el lector disfrutará a lo largo de uno de los mejores libros de Tomás Segovia. Libro en el que no sólo encontramos la serenidad de quien se duerme escuchando el ir y venir de las olas. Sino también la ilusión, la maravilla del niño al que llevamos por primera vez al mar ©